

siderable. Según dice que Aristófanes, tiene probablemente en la imaginación las campiñas del Ática, un buen perro puede vigilar un rebaño grande de carneros.

El alimento del perro de pastor es cosa muy importante. Virgilio recomienda el suero de la leche (*pingue serum*); Varrón y Columela una pasta de pan de cebada y leche; pero conviene guardarse,—dice el primero,—de darle carne de oveja, porque podría tomarle el gusto. No se consideraba, generalmente, bueno alimentarle con carne; porque, una vez que se había acostumbrado á comerla, se observaba que no sabía ya guardar el rebaño.

CANIS OSTIARIUS, CATENARIUS, DOMI CUSTOS (perro de guarda).—El perro de guarda se llamó, al principio, *perro de puerta* (*canis ostiarius* en Homero). Por mucho que se remonte en la historia, se le ve siempre empleado en la guarda de la casa. No se tardó, pues, en reconocer su aptitud para defenderse él y defender á los demás. Su fidelidad vino á ser proverbial, como su vigilancia, la finura de su oído y de su olfato. Estos perros porteros se colocaban delante de la casa, en una especie de vestíbulo. Los perros de oro y de plata, obra de Vulcano, colocados delante del palacio de Alcinoo, á cada lado de las puertas, atestiguan también la antigüedad de esta costumbre. Por último, Homero, sin darle nombre, coloca á un perro á la entrada del Erebo: el retrato que de este perro hace Hesiodo concuerda, como el de Cerbero de Virgilio, con todos los perros de guarda.

Cuidábase mucho de alimentar bien á los perros de guarda, en la previsión de que los ladrones no les pudiesen tentar ofreciéndoles comida. Cada cual en su casa ocupábase en cuidar y acariciar el suyo. Con todo, se les hacía también una especie de pan, con salvado malo (*canicea*). En una hacienda que contuviese mucho bosque tallar sin pastos, Columela recomendaba para los perros una sopa de pan de trigo con un caldo tibio de habas.

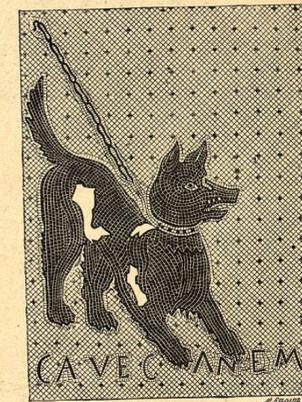
Se empleaba también á los perros de guarda en los edificios públicos, en los templos, y en las basílicas. Los perros de Adramun, en Sicilia, tenían un instinto maravilloso para distinguir á los visitantes piadosos. Servían de guía á las personas extraviadas, pero eran implacables con los malhechores de toda especie. Eliano, que refiere este hecho, dice lo mismo de los perros de los templos de Vulcano, cerca del Etna, y de Minerva Iliada, en la Daunia. En este último templo, muy cariñosos con los griegos, eran feroces con los bárbaros (extranjeros). Los del templo de Dycina, en Creta, pa-

saban como capaces de luchar contra los osos y otras bestias feroces de igual fuerza. Se había confiado también la guarda del Capitolio á los perros; y los que se habían escogido para este cuidado eran de los más fe-



Perro guardián

roces. Eran generalmente, los perros de guarda, de gran talla, siendo preferidos los molosos. Con efecto: era un perro de esta especie de color oscuro, tan negro como sea posible, el mejor para guardar el cortijo. Según Columela, su cabeza enorme, tenía que ser grande,



Perro guardián

como la principal parte de su cuerpo; el pecho ancho y velludo, las espaldas anchas, y los muslos apretados. Un perro en bronce, colocado en la tapa de un cofre, del que parece ser el guardián (en el Museo de Nápoles) responde bien á este retrato. En un mosaico del mismo Museo, el animal está encadenado; tiene un collar en el cuello y se lee debajo la inscripción ordinaria: *Cave canum*.

CANIS VENATICUS (perro de caza).—Hemos visto ya que todas las especies de perros que antes hemos nombrado han sido empleados en la caza.

CANIS BELLATOR (perro de guerra, perro de comba-

te.)—Los perros han sido, de muy antiguo y por todas partes, utilizados para la guerra. En Oriente abundan los testimonios. Los hircanios llevaban consigo, en los combates, muchos hermosos perros, que les prestaban grande ayuda. Otros pueblos de la Caspia, los iberos, los albaneses, etc., etc., que poseían valiosas razas caninas, se servían de los perros para el mismo objeto. Los animales marchaban, como sus amos, al son de las trompetas, y se batían como ellos. También después de su muerte encontraban honrosa sepultura en las mismas tumbas de los guerreros. Esta práctica se encuentra igualmente establecida en Lidia, entre los magnetes del Meandro. En una guerra contra los de Efeso, cada uno de sus caballeros iba acompañado de un perro de caza que debía combatir á su lado. Los grandes y robustos perros de esta comarca sirvieron de auxiliares poderosos al rey Alyato contra una invasión de cimmericos. Los castábalos de la Capadocia y los colofonios formaban cohortes de perros, que combatían en primera línea, sin retroceder jamás. Probablemente Jerjes, por semejante costumbre, había llevado á Grecia, con su ejército, jaurías de perros indios.

ENFERMEDADES DE LOS PERROS.—Los antiguos consideraban cuatro enfermedades como las principales:

1.ª Los insectos, en primer término una mosca particular del género *cynips* (Lynneo), *acarus ricinus*, y la pulga *pulex*.

2.ª La gala (*scabies*), que se curaba por medio de fricciones con la hez del vino, ó con la aplicación, en las partes enfermas, de un linimento de *cithy* y de sésamo pulverizados y disueltos en la pez líquida.

3.ª La rabia (*rabies*). Esta palabra, en Homero, no tiene otro sentido que el de furor, cólera furiosa. *Perro rabioso*, en la *Iliada*, no es sino una metáfora, que expresa el furor belicoso de que Hector está poseído. Es preciso llegar hasta Aristóteles para encontrar la palabra con el sentido de rabia canina; lo que prueba que esta enfermedad era muy rara entonces, ó que había sido mal estudiada. El autor repite dos veces, en algunas líneas, que se comunica por la mordedura á todos los animales, exceptuando al hombre. Es muy probable que esta enfermedad haya nacido en la cautividad en que se ha tenido al perro, sucesivamente más estrecha. Se ha notado, en efecto, que en las poblaciones de Oriente, donde los perros vagan y se aparean libremente, no ofrecen ningún caso de rabia. Celso ha descrito brevemente los caracteres de la rabia, pero sin mención alguna de la causa que la produce. En tiempo de Celso ya no dudaba nadie que no pudiese ser comunicada al hombre; y el sabio médico aconsejaba, para tratarla, los únicos remedios todavía empleados hoy, como exprimir el virus, y la cauterización de la llaga. Añade que ciertos médicos recomendaban, también, inmediatamente después de la mordedura, un baño muy caliente, que provocase una traspiración tan completa como la pudiese soportar el enfermo: la llaga debía ser abierta previamente para facilitar la expulsión del virus, y luego lociones abundantes de vino puro. En tiempo de Luciano (siglo II de nuestra era) estaba bien comprobado que el virus rábico se trasmittía no sólo por la mordedura del perro al hombre, sino de hombre á hombre<sup>(1)</sup>.

(1) *Diccionario de antigüedades*, de D'Arenberg.



AGINAS brillantes y poéticas pueden escribirse acerca de la historia de la caza durante la edad media. Esta época, que Michelet calificó de *prolongado suspiro*, ofrece, con su civilización tosca y aliento batallador, un sello especial en el campo venatorio.

El mundo antiguo se desploma con estrépito, libando los cortesanos de Roma la copa del placer; y una raza nueva, vigorosa, sale de los bosques para señorear el mundo.

La caza no es mero solaz y recreo: es una necesidad.

Aquellos guerreros salvajes, rudos, salidos de los frondosos bosques del norte, no trabajan el suelo, no cifran su sustento en la industria. El merodeo, el botín, la caza, son los medios de existencia de aquella avalancha de hombres, que avanzan, avanzan sin cesar, dejando oír sólo gritos de guerra y de venganza.

Atila y sus hunos son verdaderos azotes del Eterno, y por doquier se pelea y se incendia.

Las selvas y bosques vense convertidos en campa-